

Dios OFRECE ALGO ÚNICO: LA BIBLIA

Padre, te ruego que bendigas este proyecto de contar lo grande que eres y lo grande y hermosa que es tu Palabra, qué atractiva y qué terrible es. Oh, Señor, ningún hombre puede hacer esto, pero lo intentamos. Toma nuestros pececillos y nuestro pan, pártelo y distribuyelo, Señor, porque no somos más que unos niños que te entregan una cestilla de mimbre con un poco de comida: no basta para todos. Oh, Señor, parte esos alimentos y multiplícalos. Amén.

Algunas autoridades de nuestro mundo son falsas, carentes de fundamento, y hacemos bien al rechazarlas. Con gran satisfacción deseo señalar a la única autoridad religiosa: la autoridad suprema que ostenta Dios. Dios todopoderoso ejerce esa autoridad suprema por medio de su Palabra y de su Hijo. Esto constituye el punto focal de este libro.

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento afirman solemnemente esto, que es la creencia unánime de judíos y de cristianos.

Dios posee esa autoridad suprema por diversos motivos, uno de los cuales es su eternidad. Sabemos que Dios existió antes que cualquier otra autoridad. No digo que no haya otras autoridades; sé muy bien que las hay. Sin embargo, Dios existió antes que ellas. Los señores, los reyes, los emperadores y los potentados tienen determinada autoridad, pero esta llegó tarde; es un

préstamo que Dios les hace, y por consiguiente es transitoria. Lo que es temporal nunca puede ser definitivo ni supremo.

Otro tipo de autoridad es la que Dios ha delegado: los profetas, apóstoles, papas, obispos y eruditos religiosos. Si estos ungidos fueron administradores buenos y sabios del poder que se les había confiado, poseyeron una autoridad prestada; pero si fueron malos, la usurparon. Es totalmente posible usar mal esta autoridad delegada, y a través de los siglos muchos lo han hecho. Los obispos dicen “No hagan esto y lo otro”, y quienes se someten a su autoridad no osan hacerlo. En la misma línea actúan los papas, los apóstoles y los profetas. Repito: que si fueron buenos, tomaron su autoridad prestada de Dios; pero si fueron malos, se la usurparon. De cualquiera de las dos maneras provenía de Dios, y todos tuvieron que devolverla cuando murieron. Como mucho, su autoridad prestada fue transitoria.

Frente a la autoridad transitoria, relativa y tentativa de los profetas, apóstoles y reyes, papas y emperadores, obispos y presidentes, y todos los demás, se yerguen estas palabras impresionantes: “Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos” (He. 1:10). Antes de que existiera el mundo, Dios era; y cuando el mundo al final se deshaga, Dios seguirá siendo la autoridad suprema. Si tengo que demostrar esto es que carecemos de todo fundamento para nuestra fe, “porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (He. 11:6).

La dinámica de la autoridad suprema de Dios descansa sobre sus atributos. Dios puede compartir con su pueblo algunos de sus atributos: por ejemplo, amor, misericordia, compasión, piedad, santidad y justicia. Sin embargo, hay otros que son tan divinos que Dios no los puede compartir: autoexistencia, soberanía y omnisciencia, entre otros. Estos atributos declaran que Dios tiene toda la autoridad que existe. Sería maravilloso que nosotros, los cristianos, recordásemos esto.

La palabra autoritativa de Dios

¿Cómo ejerce Dios su autoridad? La respuesta constituirá el fundamento de nuestra experiencia cristiana. Dios ejerce su autoridad por medio de su Palabra. Dios habla al hombre y da a conocer su voluntad a través de ese medio.

Ese libro recibe, entre otros, estos nombres: el libro de Dios, el libro del Señor, la buena Palabra de Dios, las Sagradas Escrituras, la Ley del Señor, la Palabra de Cristo, los Oráculos de Dios, la Palabra de vida y la Palabra de verdad. Todos ellos son descripciones de aquella Palabra por medio de la cual Dios manifiesta su autoridad: se nos dice que esa Palabra está inspirada por Dios, es indestructible y eterna.

Esta Palabra es algo único que nos da Dios. Este libro del Señor, la Palabra expresada por Él, difiere y trasciende todas las demás; es tajante, autoritativa, asombrosa y eterna. Por medio de esta Palabra Dios ejerce su autoridad suprema, que tiene su origen en sí mismo, pues nunca derivó su autoridad de los hombres. El Señor nunca se arrodilló para que alguien le tocara en los hombros con una espada y le dijera: “Álzate, Señor soberano”. Nadie puede conferir la soberanía al Dios soberano. Toda soberanía temporal que posea un ser humano se la ha concedido Dios.

La naturaleza de Dios le induce a revelarse; por consiguiente, se expresa. Lo que nos dice nace en la mente de un Creador infinito, penetrando luego en la mente de una criatura finita. Algunas personas tienen una capacidad intelectual tan grande que esto les molesta. A mí no me preocupa en absoluto. No creo que exista un puente infranqueable cuando el Creador infinito decide que manifestará su Palabra autoritativa al hombre finito. Creo que puede hacerlo, y que en esa Palabra manifiesta descansa su autoridad soberana, que tiene el poder de la vida y de la muerte.

No creo que esta afirmación sea excesiva. Ciertamente, las

Escrituras declaran que el evangelio es la palabra de vida. Llegará un día en que todas las cosas se pondrán en su lugar, cada “i” recibirá su punto, y no dejará de cumplirse ni una jota ni una tilde de la poderosa Palabra de Dios. El Señor nunca pronuncia palabras frívolas ni nada que no esté acorde con su carácter y su naturaleza.

El libro de Sabiduría de Salomón teatraliza el modo en que la Palabra de Dios vino a los hombres, diciendo: “Tu Palabra omnipotente de los cielos, de tu trono real, cual invencible guerrero, se lanzó en medio de la tierra destinada a la ruina” (18:15). La Palabra emana del trono real, ese trono que nunca fue construido porque siempre estuvo allí. Es el trono en el que se sienta el Dios poderoso, todopoderoso.

Por este motivo, no me gusta ver a las personas jugar con su Biblia. Esta Palabra poderosa descendió del trono del rey, y debo tener cuidado porque es algo único. Es la voluntad de Dios que se me ha revelado. Es Dios mismo quien manifiesta su autoridad soberana por medio de las palabras impresas que puedo leer en una página. Sin embargo, se nos dice que estas palabras son vivas, dinámicas y creativas. Cuando Dios habló, fue. Cuando lo ordenó, sucedió. La creación existió por medio de su Palabra. Por este motivo, nunca debemos pensar que Dios se puso de rodillas y modeló un trozo de arcilla como si fuese un alfarero. Es una imagen hermosa, pero la realidad es que Dios habló y todas las cosas fueron hechas.

En los primeros capítulos de Génesis, Dios dijo “hágase la luz”, y hubo luz. Dios dijo “que la tierra dé sus frutos”, y sucedió. Pasó todo lo que Dios dijo. Además, Dios dice que llegará un día en que veremos cómo se cumple cada una de las palabras que Él ha pronunciado. Llegará un día en que Jesucristo llamará a todas las naciones delante de Él, y lo hará por medio de la Palabra que ha pronunciado.

La Palabra de Dios es nuestro terror y nuestra esperanza; da

la muerte y también la vida. Si nos relacionamos con ella con fe, humildad y obediencia, nos da vida, nos limpia, nos sustenta y nos defiende. Si la cerramos como incrédulos, ignoramos lo que contiene o la rechazamos, nos acusará delante del Dios que nos la dio. Es la Palabra viva de Dios, que desciende como un guerrero poderoso y temible, y ni tú ni yo debemos atrevernos a resistirla ni a argumentar en su contra.

Conozco personas que creen una parte de la Biblia, pero no creen otras. Dicen que los pasajes que les inspiran son inspirados; y si no les inspiran, no son más que historia y tradiciones. Por lo que a mí respecta, creo que lo que Dios nos ha dado es único, la Palabra manifiesta del Dios vivo, y que cuando asimilamos su significado y sabemos qué es lo que Dios nos da, tiene el poder de matar a quienes se resisten a ella y el poder de vivificar a los que creen.

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?” (Is. 53:1). La incredulidad paraliza los brazos de los hombres; sin embargo, el brazo del Señor no solamente no se paraliza, sino que obra la salvación de los hombres. En la Palabra de Dios hay poder, y cuando creo en ella y participé de ella y ella de mí, sucede algo: el Dios eterno realiza una obra eterna en el corazón de un hombre finito.

Una advertencia y una invitación

La Palabra autoritativa de Dios nos da tanto una advertencia como una invitación. Consulta con tu Biblia y escucha cómo Dios nos dice: “el alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:20). Y también: “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn. 3:3). Y: “antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lc. 13:5); “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mt. 7:21). “Y a los que hacen

iniquidad... los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt. 13:41-42). “Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Ef. 5:5).

Estas son palabras terribles de Dios. Con esta afirmación autoritaria manifiesta algo único. Nadie se atreve a tocar esto, nadie se atreve a ponerse en pie y decir: “Vamos a explicarlo a la luz de lo que enseñó Platón”. Yo he leído a Platón, pero me da lo mismo lo que diga.

Cuando Dios dice “el alma que pecare, esa morirá” (Ez. 18:20), que Platón se arrodille delante de la autoritativa Palabra de Dios, este objeto único y temible. Dios ha enunciado su autoridad por medio de su Palabra; que no se levante ningún papa y explique la Biblia a la luz de lo que dijo el padre Fulano o Mengano. Que todo el mundo guarde silencio mientras habla el Dios todopoderoso. “Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová” (Is. 1:2).

La Palabra expresada es también un mensaje de invitación. ¡Ah, la hermosa invitación de la Palabra de Dios! No es fruto de la reunión de un grupo de personas religiosas, que han celebrado un cónclave y han decidido lo que van a decir. No, no, no. Fue el Dios todopoderoso el que lo dijo. Lo afirmó desde los cielos; descendió como un hombre fuerte en mitad de la noche y llenó la Tierra con el fragor de su voz.

Esta Palabra dice: “vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia” (Is. 55:7), y “venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11:28); y también: “si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” (Ro. 10:9). También dice: “por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Ef. 2:8-9).

Esta Palabra declara que “si confesamos nuestros pecados,

él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:9). Es la única voz autoritativa que no necesita mejoras, interrupciones ni explicaciones; solo debe ser liberada y creída.

Cuando le pidieron que diera una serie de diez conferencias en defensa de la Biblia, C. H. Spurgeon respondió por telégrafo: “No iré, la Biblia no necesita defensa. Liberadla y se defenderá como un león”. Yo también creo que no necesitamos que nadie defienda la Palabra de Dios; solo tenemos que practicarla.

En Lucas 16 encontramos un pasaje tremendo sobre un hombre rico que murió. Estando en el infierno, alzó la vista y vio a Abraham y al mendigo Lázaro en su seno. El rico que había vivido suntuosamente ahora ya no vivía así en el infierno, y rogaba una gota de agua para refrescar su lengua. No la recibió, pero se convirtió en evangelista al decir: “Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento”.

Abraham le dijo: “A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos”.

El rico volvió a suplicar: “No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán”.

Abraham respondió: “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos” (ver Lc. 16:19-31).

Dios ha creado nuestro futuro, nuestro destino, nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra tristeza; lo ha hecho para el mundo entero y por todos los incontables siglos venideros. Dios lo ha hecho todo vinculándolo con su Libro. Esta Palabra de Dios, a discreción del Espíritu Santo, es el poder en la vida del creyente y no hay que discutirla.

Dios habla con autoridad y nadie tiene ningún derecho a decir “Eso no me lo creo”. Muy bien, sigue tu camino, pero la Palabra del Dios vivo sigue resonando en este mundo, destruyendo lo

que no redime. En aquel día terrible en que Dios sacudirá todo lo que se pueda conmocionar, esta Palabra viva, vibrante, temible, todopoderosa y eterna destruirá todo lo que no sea redimido. Yo, por mi parte, quiero estar en el bando de los redimidos. Muchas veces me arrodillo leyendo el capítulo 54 de Isaías, y dejo que ese mensaje único de Dios me hable al corazón. Dejo que esa Palabra terrible me hable, y la escucho hacerlo con una voz que penetra hasta lo más profundo de mi ser.

¿Quieres saber cuándo pueden apartar el amor de Dios de las personas que le buscan? ¿Quieres saber cuándo pueden cancelar el pacto de la gracia salvadora de Dios para el hombre que confía en Él? Ese momento nunca llegará, aunque los montes se trasladen y deje de existir el mar (ver Is. 54:10). Dios ha dicho que nunca apartará esa misericordia, porque la misericordia de Dios es eterna y permanece fiel para siempre. Estas son las palabras de Dios, el medio por el que el Espíritu Santo nos lleva a someternos por completo a la santidad de un Dios santo.

La roca firme

Edward Mote (1797-1874)

Mi fe está puesta en Jesús,
solo en su sangre y su virtud.
En nadie más me confiaré,
y solo de Él dependeré.

Cuando no pueda ver su faz,
sé que su gracia es siempre igual.
Aún cuando viene tempestad,
Él es mi ancla y firme está.

En sus promesas me fiaré,
aún cuando el viento fuerte esté.
Si todo cae alrededor,
Él es mi fiel sustentador.

Un día Él regresará.
Entonces quiero puro estar,
sin mancha ante mi Jesús,
lavado en sangre de su cruz.
Sobre la Roca firme estoy,
y solo en Cristo fuerte soy;
y solo en Cristo fuerte soy.

© 1981 Maranatha! Music / Alejandro Alonso / ASCAP

